

LA OTRA GUERRA



TENGO ante mí una pila de revistas que tratan de la primera guerra mundial, cuya declaración se produjo hace cincuenta años justos a principios de este mes de agosto. Tengo enfrente de mí la fotografía de un "poilu" en las trincheras: barba crecida, ojos negros, penitentes, de mirada vivaz. La fotografía debe de corresponder a los principios de la contienda; de lo contrario, la imagen estaría ya velada por el toque escéptico, la indefinible fatiga de los soldados cuando no le ven el fin a la batalla. Sugestionado por la resolución de la guerra franco-prusiana y por la rapidez de su conclusión, el soldado de la fotografía debía de creer todavía, en el momento en que fue disparada, que la guerra sería corta. Los dos meses del vaticinio inicial se convertirían en cuatro años largos. Churchill habló, en la segunda guerra, de "sangre, sudor y lágrimas". La primera fue una guerra de barro, metralla, gangrenas, inmovilidad y dolor. Pero en los momentos en que el "poilu" de la fotografía sonríe, ese sino no se conocía aún ni podía ser previsto.

El origen remoto de la guerra era el atentado de Sarajevo, acaecido a fines de junio; pero la gestación del drama no había trascendido de las cancillerías, y en la prensa de la época la fricción austro-serbia no ocupaba más allá de una docena de líneas. Hasta el 26 de julio se prolonga, sin saber que va a ser guillotinado, la "belle époque". El ultimátum de Berchtold cae de golpe sobre una Europa alegre. Uno de los escasos líderes que se afanan entonces en conjurar el peligro, que hace esfuerzos por declarar en Francia y Alemania una especie de "huelga militar", es el socialista Jean Jaurès, pero es asesinado en el café "Le Croissant" la víspera de la movilización francesa.

Durante unos días, París vive en un clima patriótico de aglomeraciones, muchedumbres, fanfarrias, desfiles y "Marsellesas". La guerra es todavía, quizá por última vez, orfeónica y entusiástica. Inglaterra, reflexiva, aún no se había pronunciado, lo que no impedía que la bandera inglesa fuera enarbolada junto a la francesa y a la rusa por los manifestantes. Francia estaba segura entonces de su "guerra relámpago" y el soldado que sonríe en la fotografía bajo su casco estaba todavía persuadido de que pronto pasaría bajo la puerta de Brandemburgo.

Pero la guerra no fue corta. En realidad, aquella guerra no concluyó hasta 1946, y afectó al mundo entero. Aún no persuadida Europa totalmente en 1918 de que con ella se había acabado un mundo, intentó improvisar una secuela de "belle époque" en los años veinte. Efímero intento: una docena de años más tarde prendía de nuevo aquella fogata y lo quemaba todo. La "época bella", el mundo de Proust habían muerto.

Quizá para conmemorar a nuestro modo el acontecimiento nos hemos puesto a leer de nuevo aquellos libros que nos impresionaron un día, relativos a la contienda. "La chitarra dal fante", de Giuseppe Steiner, en el que la poesía llueve melancólicamente sobre el paisaje alpino, en la trinchera, hasta la misma muerte del autor. Y el libro más revelador y elocuente que salió de la primera guerra, aquel "Sin novedad en el frente", de Remarque, que fue el croquis de una generación.

A partir de ese relato, la guerra ya no podría ser nunca más descrita como un fenómeno enardecido y entusiasta. La guerra es lo que es: todavía más embrutecedora que brutal, aniquiladora del hombre y germen de acedia y de desesperación. Todo cuanto ocurre en este libro es la monotonía del vivir humano en una lucha en que el riesgo ha perdido las virtudes heroicas del pasado. Barro, dolor y angustia.

Los grandes autores americanos, Hemingway, Dos Passos, Faulkner, Steinbeck pisaron el barro de Europa con bota de soldado en aquella ocasión. Sus obras sobre aquellas jornadas son el impresionante testimonio de la época y del suceso. De las zarzandas patrióticas de la movilización al espectro literario de los hombres que volvían, va la muerte de los nacionalismos belicosos y susceptibles, que no se consumaría definitivamente hasta mediado el año 1946.

Si las consecuencias de la primera guerra en el orden político no fueron más que una pausa, un intermedio de algo que debía concluir mucho más tarde, en el orden moral y psicológico tuvieron resultados inmediatos, concluyentes. Dice el protagonista de la obra de Remarque, anticipándose al porvenir: "Los días, las semanas, los años de frente resucitarán en su día, y nuestros camaradas muertos retornarán entonces y avanzarán con nosotros. Nuestras mentes serán lúcidas, nosotros tendremos una misión que cumplir y así avanzaremos con y al lado de nuestros camaradas muertos y, detrás nuestro, los años del frente. Avanzaremos... ¿contra quién, contra quién?"...

un mosaico de odios

Lo que se produce entonces es la fatiga de las guerras provocadas por un resentimiento estratégico, político o militar. En definitiva, es una conclusión social la que aventura el combatiente de Remarque para el futuro. Y esta conclusión social, sin que estuviera inscrita en sus preliminares, ha sido, en definitiva, el resultado de la segunda contienda.

Las arengas de los pacifistas y de los internacionalistas de entonces terminaban con el grito de "¡Abajo la guerra!", cuando en realidad se trataba de abajo la mortandad inútil, abajo el dolor ineficaz.

El espíritu de los franceses y su entusiasmo unánime por la contienda se polarizaban alrededor de una reivindicación territorial para la recuperación de la Alsacia y la Lorena; las fuerzas se movilizaban por una cuestión geográfica, para un botín patriótico. También la segunda guerra tomaba como pretextos las cuestiones fronterizas, aunque las bautizara Hitler con la etiqueta del "espacio vital". Pero en realidad, los sucesivos "anchluss" no afectaban ya a ese espacio vital, puesto que con la ampliación de las fronteras estaba la demográfica, que no resolvía sino que acrecentaba los problemas del pueblo alemán estricto. Desde 1914 hasta hoy se ha producido, pues, un cambio decisivo en las directrices de la historia. El soldado raso, el "poilu", es capaz de participar en la contienda no como un servidor anónimo de intereses que, en definitiva, le pueden ser ajenos, sino como protagonista de un suceso social que es patrimonio y exigencia de cada uno de los hombres.

Ello es así cuando, con toda probabilidad, el espectro de las guerras generales y devastadoras ha pasado a la historia, tanto en virtud de las nuevas armas como consecuencia de las inutilidades nacionalistas. La "huelga militar" preconizada por Jaurès la imponen hoy, en definitiva, los instrumentos bélicos de nuevo cuño, los "misiles", la precisión de los impactos y el énfasis trágico de la bomba atómica. El mismo día del atentado de Sarajevo, en la primera página de "Le Temps", el comentarista militar esbozaba la teoría de los armamentos en el futuro: "Algunos visionarios —decía— creen que en una futura guerra verían a las tropas adversarias sobre ciudades automóbiles erizadas de cañones, gigantesas tortugas deslizándose en el fragor de las batallas. En definitiva, eso es novelaría". El trecho recorrido desde 1914 hasta hoy a rastras de los descubrimientos de la técnica ha alterado profundamente, y afortunadamente, el curso de la historia. Si los tanques parecían una utopía en los albores de la primera guerra, ¿cómo se producirían ante la historia los estratagemas de entonces en presencia de los "misiles", de impacto inexorable?

Como consecuencia de ello, el ser humano vuelve a su dimensión. El capítulo más impresionante del libro de Remarque es aquel en que el protagonista, en el curso de una contraofensiva, y cuando se halla escondido en el cráter que ha abierto un obús, se ve en la precisión de matar a puñaladas a un soldado enemigo, que agoniza ante sus ojos durante largas horas. Aquel "soldado desconocido", tal vez el mismo que reposa bajo el Arco de la Estrella, es probable que fuera el último "enemigo", en el sentido equívoco que esta palabra tenía en las guerras antiguas. Nadie es profeta para asegurar que las grandes guerras han terminado ya. Lo que es cierto, lo que es indudable, es que será imposible llevar a ellas a los hombres por el odio a los demás, y contagiar a los pueblos del frenesí vehemente del racismo, que hacía del mapa un mosaico de odios.